

II

LOS CUATRO PARTIDOS POLITICOS

Existen en Portugal cuatro partidos políticos: el partido histórico, el regenerador, el reformista y el constituyente. Aun hay otros, casi anónimos, conocidos apenas por algunas familias. Los cuatro partidos oficiales, con periódico propio y puerta a la calle, viven en un perpetuo antagonismo, irreconciliables, batiéndose ardientemente unos contra otros desde dentro de sus artículos de fondo. Se ha intentado alguna vez una pacificación, la unión entre estos partidos. ¡Imposible! Ellos sólo poseen de común el lodo del Chiado, que todos pisan, y la Arca-da, que a todos cubre. ¿Cuáles son las irritadas divergencias de principios que los separan? Veamos:

El partido regenerador es constitucional, monárquico, íntimamente monárquico, y recuerda en sus periódicos la necesidad de la economía.

El partido histórico es constitucional, inmensa-

mente monárquico, y demuestra irrefutablemente la urgencia de la economía.

El partido constituyente es constitucional, monárquico, y presta gran atención a los problemas de la economía.

El partido reformista es monárquico y constitucional y paladín de la economía.

Los cuatro son católicos.

Los cuatro son centralizadores.

Los cuatro tienen el mismo afecto al orden.

Los cuatro quieren el progreso y citan a Bélgica.

Los cuatro estiman la libertad.

¿Cuáles son entonces sus divergencias? Son profundísimas. La idea de la libertad, por ejemplo, la entienden de diversos modos. El partido histórico dice gravemente que es necesario respetar las Libertades Públicas. El partido regenerador niega esto con una resuelta discrepancia, y pasa a probar con abundancia de argumentos que lo que se debe respetar son... las *Públicas Libertades*.

La conflagración es manifiesta.

En la acción gubernamental las discusiones son perpetuas. Así, el partido histórico propone un impuesto. Porque no hay remedio: es necesario pagar la religión, el ejército, la centralización, la lista civil, la diplomacia... Propone un impuesto.

“Caminamos hacia la ruina—exclama el presi-

dente del Consejo—. El *déficit* crece. El país está empobrecido. La única manera de salvarnos es el impuesto que tenemos la honra, etc...”

Pero entonces el partido regenerador, que está en la oposición, brama desesperadamente y se congrega en su Centro. Las caras relucen de sudor, los cabellos pintados se destiñen de agonía, y cada uno alarga el cuello en la actitud de un hombre que ve desmoronarse a su patria.

—¿Cómo?—exclaman todos—. ¿Más impuestos aún?

Y entonces, contra el impuesto se escriben artículos, se elaboran discursos, se traman votaciones. Por toda Lisboa ruedan carruajes de alquiler llevando, a trescientos reis por carrera, enemigos del impuesto. Se prepara la zancadilla al ministerio histórico... Y, ¡zas!, cae el ministerio histórico.

Y al siguiente día, el partido regenerador, en el Poder, triunfante, ocupa los sillones de San Bento. Esta mudanza lo alteró todo: los fondos públicos descendieron más, las transacciones disminuyeron más, la moralidad pública se abatió más, la opinión se hizo más descreída...; pero, al fin, ha caído aquel ministerio desorganizador que había concebido el impuesto, y todo el mundo está esperanzado, confiando.

Se abre la sesión parlamentaria. El nuevo ministerio regenerador va a hablar.

Los señores taquígrafos preparan sus plumas veloces. El telégrafo vibra de impaciencia de comunicar a los gobernadores civiles y a los militares la regeneración de la patria.

Los señores correos de gabinete tienen sus corceles ensillados. Porque, al fin, el ministerio regenerador va a decir su programa, y todos los concurrentes a la Cámara se suenan con alegría y esperanza.

—Tiene la palabra el señor presidente del Consejo.

El nuevo presidente. — Un ministerio nefasto (*¡Bravo, bravo!*, exclama la mayoría que era histórica la víspera) cayó ante la reprobación del país entero. Porque, señores diputados, el país está desorganizado y es preciso restaurar el crédito. Y la única manera de salvarnos... (Murmillos. Voces: *¡Oigan, oigan!*) Por esto me decido a pedir que sea sometido inmediatamente a discusión... (Atención ávida, que hace palpar debajo de los fraques el corazón de la mayoría), que sea sometido a discusión el impuesto que tenemos la honra, etc... (*¡Bravo, bravo!*)

Y en esa noche se reúne en su Centro el partido histórico, ayer en el ministerio y hoy en la oposición. Todos están lúgubres.

—Señores—dice el presidente con voz cavernosa—, el país está perdido. El ministerio regenerador, que aun ayer mismo ha subido al Poder, entra ya, doce horas después, por el camino de la anarquía y de la opresión, proponiendo un nuevo impuesto. Empleemos todas nuestras fuerzas en evitar al país esta última desgracia. ¡Guerra al impuesto!...

¡No! ¡No! ¡Con divergencias tan profundas es imposible la conciliación de dos partidos!

Mayo 1871.

III

LAS CONFERENCIAS DEMOCRATICAS

El señor Anthero de Quental inauguró el día 19 las conferencias democráticas en el Casino.

Es la primera vez que la revolución, bajo su forma científica, tiene en Portugal la palabra.

El mundo revolucionario, o antes, en su forma partidaria y política, el mundo republicano, se había manifestado hasta hoy muy vagamente por alguna voz aislada, que se extinguía sin eco en el silencio de la opinión, o por las agitaciones, más sospechadas que realizadas, de especuladores y de intrigantes. A veces, media hoja de papel era distribuida gratuitamente, con algunos insultos a los ministros, al rey o a algún regidor. Otras veces aparecía un diario que en tono lírico cantaba la fraternidad y sus encantos, dirigía apóstrofes al peñasco de Guernesey, citaba el Gólgota en cuestiones de Hacienda y volviéndose hacia el rey le trataba de tú. A veces también, un periódico de manto rojo y de ca-

lumnia de otros colores, a propósito de la libertad insultaba a señoras y bajo el pretexto de ser un diario de combate era un diario de difamación. Había otros republicanos; todos los periódicos en la oposición se dan vagamente ese aire, y hablan entonces del sudor del pueblo... (¿Creerán que la aristocracia no suda? ¡Cómo se equivocan!) El *Diario del Comercio*, representante de la burguesía liberal, fué durante algún tiempo republicano, y decía a los tiranos cosas desagradables, que debían lastimar a Napoleón III, al difunto Calígula y a otros exopresores. El partido del señor marqués de Angeja parece que también tendía al republicanismo; por lo menos, así lo pensaban los criados del *Martinho*. Algunos reformistas han afirmado que, en el fondo, el señor obispo de Vizeu es republicano. Corre el rumor de que otros jefes de partido lo son también. Hay, en fin, una tal contaminación democrática, que el único leal conservador que nos queda... es Danton.

Tal era el partido republicano, que causaba hilaridad. Por eso el espanto es grande viendo aparecer hombres que presentan la revolución serenamente, como una ciencia a estudiar. No lo harían más tranquilamente si se tratase de la Anatomía.

Las conferencias han de tropezar con resistencias. En primer lugar, nuestro público inteligente y

literario ama sobre todo el *bel sprit*, la oratoria, la frase. Es la moda peninsular. Y estas conferencias, por su naturaleza científica y experimental, exigen justamente todo lo contrario del aparato retórico. Son la demostración, no el apóstrofe; son la ciencia, no la elocuencia. Las declaraciones han privado a la democracia de su carácter primitivo de realidad y de ciencia. Tenemos oído cantar a la democracia, vociferarla, sollozarla; es tiempo de que la veamos demostrar. Dejemos en la percha nuestra perpetua inclinación nacional de escuchar odas, y entremos tan sólo con la tendencia humana de resolver problemas.

La revolución aparece ante el mundo conservador como el cristianismo ante el mundo sofista. Los sofistas habían adoptado el partido de reírse *de aquellos nazarenos*. Es lo que hace ahora el periódico *A Nação* cuando se trata de la revolución. *A Nação* no es original.

Tengamos buen sentido. Escuchemos a la revolución, y reservémonos la libertad de aplastarla, pero después de oírla.

Una cosa que la compromete es hablar en nombre del proletario. El proletario pretende explicarse; quiere, por un lado, contar su miseria; por otro lado, probar su derecho. El simple buen sentido ordena que se deje hablar al proletario. ¡Silencio al

pobre!, gritaba Lamennais el año 48. Esta palabra horrorosa, que es un toque a muerte por la dignidad humana, inspira aún a las instituciones. ¡Santo Dios, parece que les duele la conciencia a las instituciones! Dejemos hablar al proletario. ¿Qué se recela? ¿No tenemos nuestros ejércitos, nuestros parlamentos, nuestra policía? Dejémosle hablar.

Desdigámosle después si él mintiese; refutémosle si errase. Es mucho más cómodo encontrarnos con quien represente al proletario, sosegadamente, en la sala de Casino, que encontrarnos al propio proletario mudo, taciturno, pálido de ambición o de hambre, armado de un chuzo en una bocacalle. Hacer conferencias es cosa diferente de hacer barricadas. Y es por no permitirle hacer conferencias por lo que el proletario parisiense hace fuego. El proletario inglés no fusila a sus gobiernos porque puede hablar en los mítines. Y cuando aquellos que hablan con el Poder le representan mal, los proletarios ingleses les piden cuentas en sus comicios, les cubren de improperios y les tiran cebollas a la cara. Si la víctima intenta huir o hacer resistencia a la cebolla o al insulto, un *policeman* le asegura gravemente por el cuello de la chaqueta y requiere en nombre de la moralidad al fracasado procurador del pueblo a esperar por los restos de la injuria y de la hortaliza.

Lo que da más carácter a estas conferencias, a nuestro juicio, es la oportunidad. Hace mucho tiempo que la opinión pública las pedía. ¿Qué? ¿Hay alguien que lo niegue?

No lo niega en verdad el Parlamento, donde todos los días ministros, mayorías y oposiciones dicen que el país está desorganizado.

No lo niega en verdad la Prensa, que todos los días declara que el sistema constitucional está desautorizado.

No lo niega la opinión, que todos los días exclama con cierta convicción indolente en los cafés, en las calles, en los paseos, en los estancos: "Esto está podrido."

Cuando tan unánimemente dice la opinión que un país está perdido dentro de un sistema, se coloca por esa misma confesión fuera de tal sistema, y consecuentemente desea, por una propaganda nueva, una reforma social.

Seamos lógicos. *As Farças* no son el legitimismo, ni la república, ni el constitucionalismo, ni el sebastianismo. Desean, simplemente, ser la lógica y el buen sentido. Veamos, pues: ¿No reconoce la Prensa todos los días la podredumbre del país y la desorganización de sus fuerzas vivas?

O estos periódicos son sinceros, o no. Si no lo son, entonces faltan doblemente a la dignidad, por-

que desconsideran a los otros, engañándolos, y se desconsideran a sí, mintiendo. Son perturbadores de profesión; quieren lanzar premeditadamente en el escepticismo al espíritu público para servir los intereses de intriga. Pertenece, por lo tanto, su conducta a los tribunales de justicia. Si son sinceros..., entonces deben estar radiantes de alegría, porque ya tienen esa propaganda nueva que implícitamente pedían.

¿No vemos a los Gobiernos disolver Cámaras sobre Cámaras, como diciendo, después de experimentar un momento su inteligencia: "¡Otra, que ésta no sirve!"?

¿No vemos a los partidos, en los que debe residir la conciencia del Estado, derribar todos los días ministerios, como un hombre que prueba sombreros en una sombrerería: "Otro, que éste no sirve"?

Y vosotros, periódicos políticos, ¿no confesáis todos los días la impotencia de vuestros gobernantes? ¿No os tenéis dicho unos a otros los más procaces insultos? ¿No habéis intentado destruíros recíprocamente? Apelamos a ti, lector de buen sentido. ¿No es verdad que *O Diário Popular* tiene dicho que el Sr. Fontes es incapaz de organizar el país? ¿No es verdad que *A Revolução* tiene probado hasta la saciedad que el señor obispo de Vizeu es incapaz de organizar el país? ¿No es verdad que *A Gazeta do*

Povo tiene probado que ambos señores son incapaces? ¿Y no es verdad que *A Revolução* y *O Diário Popular* han afirmado unánimemente que el incapaz es el Sr. Brahamcamp? Sí; todo esto es verdad. Por consecuencia, parece que estáis inutilizados los unos por los otros. Si uno habla verdad, todos la hablan. Si uno la falsea, todos la falsean. Por lo tanto, o tenéis que aceptar vuestra condenación o tenéis que confesar vuestra falsedad.

¿Cuál es la conclusión? La necesidad de una propaganda nueva. Es lo que la Prensa está pidiendo hace largo tiempo, y es, en fin, lo que el Casino le ofrece. Y fuerza es que se considere feliz porque no se le aparezca con armas, tocando a rebato por las calles, sino con ideas y tocando a rebato al través de las conciencias. Todos los partidos están, pues, interesados en esta propaganda. ¿Quién habla después del Sr. Anthero de Quental? Debe ser el señor obispo de Vizeu.

Mayo, 1875.

IV

LO QUE ERA EL PARTIDO REFORMISTA

El partido reformista apareció un día de repente, sin saberse cómo, sin saberse por qué. Era un estafermo austero, pesado, de fuerte voz. Nadie sabía bien lo que aquello quería. Algunos opinaban que era el sebastianismo bajo su aspecto constitucional; otros, que era una secta religiosa para la cría del gusano de seda. Corrían las más diversas opiniones. Presentábase tan grave, tan triste, tan intransigente, que en el Chiado se afirmaba que era un personaje de la historia romana, relleno de paja.

Nadie se aproximaba a él, en medio de la inmensa impresión que causaba entre los mozos de cuerda. Por fin, poco a poco, algunos periodistas más curiosos se fueron acercando y comenzaron a tocarle con un dedo para saber si era de palo. Era de carne, auténtico. Se advirtió también que hablaba. Entonces los más curiosos le dirigieron preguntas.

—Señor—dijéronle—, esparcióse por ahí la noticia de que venís a restaurar el país. Debéis saber que un partido que trae una misión de reconstitución debe tener un sistema, un principio que domine toda la vida social, una idea sobre moral, sobre educación, sobre el trabajo, etc. Así, por ejemplo, la cuestión religiosa es complicada. ¿Cuál es vuestro principio en esta cuestión?

—¡Economías!—dijo con voz potente el partido reformista.

Espanto general.

—Bien. ¿Y en moral?

—¡Economías!—clamó.

—¡Viva! ¿Y en educación?

—¡Economías!—roncó.

—¡Ole! ¿Y en las cuestiones del trabajo?

—¡Economías!—rugió.

—¡Bravo! ¿Y en cuestiones de jurisprudencia?

—¡Economías!—mugió.

—¡Santo Dios! ¿Y en cuestiones de arte?

—¡Economías!—aulló.

Había en torno un profundo terror. *Aquello* no decía otra cosa. Se hicieron nuevas experiencias. Le preguntaron:

—¿Qué hora es?

—¡Economías!—barbotó.

Todo el mundo tenía los pelos de punta. Se hizo una nueva tentativa, más dulce:

—¿A quién quieres más, a papá o a mamá?

—¡Economías!—tronó.

Un sudor frío humedecía las camisas. Interrogáronle entonces sobre las tablas aritméticas, sobre la cuestión de Oriente...

—¡Economías!—gritaba.

Fué necesario reconocer con dolor que el partido reformista no tenía ideas. Poseía, apenas, una palabra, aquella palabra que repetía siempre, a cualquier propósito, sin comprenderla. El partido reformista es el papagayo del constitucionalismo.

Mayo, 1871.

LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS

El Parlamento de las Américas...
Los Estados Unidos...
El Congreso...
La Cámara de Representantes...
El Senado...
El Poder Judicial...
El Poder Ejecutivo...
El Poder Legislativo...
El Poder Judicial...
El Poder Ejecutivo...
El Poder Legislativo...

V

LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS

La opinión experimenta hacia la Cámara de los Diputados un sentimiento unánimemente declarado: el tedio.

Se habla mal de la Cámara en todas partes. Los periódicos más serios censuran constantemente su improductividad. Aparecen contra ella publicaciones satíricas. Es generalmente considerada como un sórdido cubil de intrigas. Si se pregunta:

—¿Qué hubo hoy en la Cámara?

—Una farsa—responden unos.

—Una feria—responden otros.

Los diarios políticos están llenos de estas frases: "La Cámara ofreció ayer un triste espectáculo para quien aprecie los verdaderos principios..." "La Cámara está dando pruebas de su falta de independencia..." "La Cámara salta por encima de los principios más rudimentarios de la administración".

—El Parlamento es una vergüenza—se dice en los cafés.

—¡Vamos a los toros!—se exclama en las tribunas. (Textual.)

—Mañana hay escándalo—se murmura en la víspera de las sesiones.

Se le hacen epigramas, se le ponen motes; los folletines la escarnecen; los diarios de noticias cuentan con una dramática sinceridad: "Ayer, la sesión se pasó en injurias personales".

Un gran escritor, que es también un gran carácter, le llamó lupanar. Este calificativo, estimado justo por las gentes y acogido con aplausos, es siempre recordado.

¿De qué proviene ese general desdén? ¿De un sordo fermento de hostilidad que existe entre nosotros contra las grandes corporaciones del Estado? ¿De la convicción nacida de una diaria experiencia?

Tú, lector de buen sentido y de buena fe, que no eres diputado y que te sientas en la tribuna o que lees las reseñas de los diarios, responde tú, amigo y confidente nuestro.

La opinión es legítima y está fundada en la experiencia. La Cámara (tomemos por ejemplo a la actual) no tiene principios, ni ideas, ni consciencia, ni independencia, ni patriotismo, ni ciencia, ni elocuencia, ni seriedad. Esto no quiere decir que ais-

ladamente, individuo por individuo, no se puedan encontrar estas cualidades con un relieve poderoso; sería ridículo negar la erudición del Sr. Latino, la honestidad del Sr. Rodrigues de Freitas, etc., etc. Lo que queremos decir es que, como corporación constituída, acomodada en sus asientos, con su presidente, y su campanilla, y su copa de agua con azúcar, y sus tijeres, la Cámara tiene una falta absoluta de cualidades que la ilustren y una gran abundancia de defectos que la deshonran.

La Cámara no tiene principios. Es monárquica y achica la lista civil, dando toda amplitud al rey en la política, pero reduciéndole sus presupuestos. Es católica, y se muestra hostil a la defensa del poder temporal, lo que, por una deducción lógica, es mostrar simpatías por la condenación del catolicismo. Da alternativamente mayoría a todos los partidos, y sólo sirve las ambiciones de caudillos que la explotan y que la desprecian.

La Cámara no tiene ideas. Delante de un país desorganizado de un extremo a otro, ¿qué hace? Discute la cuestión de las ostras. No presenta una ley, un reglamento, una reforma, un proyecto. Durante un mes entero debate si el Sr. Soares Franco debe tener el mando en la Armada, o si no lo debe tener. El ministro declara que sí, porque esa clase de mando "tiene una tradición de tres siglos". Este

principio de gobierno, lógicamente entendido, obliga al ministerio a volver a levantar las horcas, reconstruir los conventos, resucitar a Alfonso Henriques, ir inmediatamente a descubrir otra vez el camino de la India... y quedar siempre por descubrirlo.

La Cámara no es justa. Si alguna cosa decide en su pequeña área de pequeñitas renovaciones, no es en el terreno de justicia pública, sino en el del interés político. ¿Quién ignora los ejemplos? Su enumeración fatigaría a Homero.

La Cámara no tiene conciencia. Su criterio, su moral, es la intriga; la intriga política, la intriga partidista. La mayoría apoya al señor marqués de Aguila; la mayoría lo abandona. ¿Por qué? ¿Era ayer apto y hoy inepto? Se trata, sencillamente, de un embrollo conducido por la intriga.

La Cámara no tiene patriotismo. ¿Es necesario probarlo? ¿Qué le importa a ella el país, su organización y su progreso? ¿Qué hace por ella? ¿De qué instituciones lo dota? ¿Qué mejoras le da? ¿Qué interés le muestra por la instrucción, por la industria, por la agricultura? La Cámara vocifera e intriga. Viene a ser una baraja con la que hábiles jefes de grupo juegan una partida de tresillo. Y el que lleva los codillos es el país.

La Cámara no tiene independencia. Ved las amenazas de disolución. Aun el decreto de disolución

no asoma a lo lejos, y ya la Cámara está encogida debajo de los bancos.

La Cámara no tiene ciencia. Ni administración, ni economía, ni derecho público, ni derecho constitucional, ni historia, ni gramática...; la Cámara nada sabe.

La Cámara no tiene elocuencia. ¿Quieres ver, lector de buen sentido, un modelo de discursos? Fue el señor diputado... ¿Para qué decir el nombre? Nuestra cuestión no es de nombres; es de hechos. Vean el *Diario de las Cámaras*. El orador comienza por un exordio. Cuenta cómo Platón dormía la siesta y lo que hacían las abejas del Hymeto. Después dice que deseaba tener las dotes de suavidad y de blandura suficientes para seguir en su discurso las huellas de Platón. Pausa. Entra en seguida en materia. Principia por declarar que ya está lejano para él el período de la adolescencia, pero que aun le queda de ella algo de los antiguos fervores. Después explica cómo era el acuerdo que reinaba entre los dioses de Homero: "Aquiles empuñaba la espada; Ajax blandía el hierro". Pasa en seguida a los trabajos de Hércules. Habla de Eolia, de Eto-lia y del Peloponeso. Menciona a Júpiter, en el Olimpo, sentado en su "trono coruscante" (textual). Trata de los sacerdotes egipcios, de los ídolos, del perro Anubis y de la Esfinge, que, según él, "era

un dios con cabeza de gato" (parece increíble, pero es textual). Más adelante cita las puertas de la aurora. A propósito de su alma, clama:

Malheur à qui sonde les abîmes de l'âme!

Después se ocupa de la manera de procrear de las arañas. Se asoma a su discurso en ese momento Saturno, y un poco más abajo, Isócrates. Alude a las hidras. Desempapela una inmensa historia de las *Confesiones* de San Agustín. Diserta aún sobre Sión y Babilonia. Y se sienta. Todo esto, a propósito del señor marqués de Avila y de la Comisión de Hacienda.

La Cámara no tiene seriedad. ¿Quién no ha visto una sesión? El susurro, la confusión, la baraúnda, son perpetuos. Se vota sin saber lo que se discute, y se continúa conversando. Las cuestiones personales están constantemente al orden del día. Vuelan los mentís. Hierven las injurias. En los momentos más serenos surge la chanza pesada y la mofa. Y desde las tribunas, el público asiste, ora indignado, ora divertido, al espectáculo sin igual.

¿Halláis crueles estas páginas? ¿Pensáis que no nos duele tanto escribirlas como os duele el leerlas? ¿Creéis que es con el espíritu alegre y la pluma al viento como levantamos uno por uno delante del público los harapos de vuestra decadencia? Apelamos a vosotros mismos. Si alguno de vos-

otros, en su conciencia, halla que no decimos una verdad perfecta, que nos tire la primera piedra, como en el Evangelio; esto es, que nos lance la primera contradicción.

Mayo, 1871.